



La Santa Sede

DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO AL SÍNODO PATRIARCAL DE LA IGLESIA ARMENIO-CATÓLICA

Jueves 9 de abril de 2015

[Multimedia]

Beatitud, excelencias:

Os saludo fraternalmente y os doy las gracias por este encuentro, que se sitúa en la inminencia de la celebración del domingo próximo en la basílica vaticana. Elevaremos la oración cristiana en sufragio por los hijos e hijas de vuestro amado pueblo, que fueron víctimas hace cien años. Invocaremos a la Divina Misericordia para que nos ayude a todos, en el amor a la verdad y la justicia, a curar toda herida y apresurar gestos concretos de reconciliación y de paz entre las naciones que aún no logran llegar a un acuerdo razonable sobre la interpretación de estos tristes acontecimientos.

En vosotros y a través de vosotros saludo a los sacerdotes, religiosos y religiosas, seminaristas y fieles laicos de la Iglesia armenio-católica: sé que muchos os han acompañado en estos días aquí en Roma, y que muchos más se unirán espiritualmente a nosotros desde los países de la diáspora, como Estados Unidos, América Latina, Europa, Rusia, Ucrania, hasta la madre patria. Pienso con tristeza especialmente en esas zonas, como Aleppo —el obispo me dijo «la ciudad mártir»— que hace cien años fueron lugar seguro para los pocos supervivientes. Tales regiones, en este último período, han visto en peligro la permanencia de los cristianos, no sólo armenios.

Vuestro pueblo, que la tradición reconoce como el primero en convertirse al cristianismo en el año 301, tiene una historia bimilenaria y custodia un admirable patrimonio de espiritualidad y cultura, unido a una capacidad de levantarse de nuevo después de las numerosas persecuciones y pruebas a las que ha sido sometido. Os invito a cultivar siempre un sentimiento de gratitud al Señor, por haber sido capaces de manteneros fieles a Él incluso en los tiempos más difíciles. Es importante, además, pedir a Dios el don de la sabiduría del corazón: la conmemoración de las víctimas de hace cien años nos sitúa ante la oscuridad del *mysterium iniquitatis*. No se

comprende si no es con esta actitud.

Como dice el Evangelio, desde lo íntimo del corazón del hombre pueden desencadenarse las fuerzas más oscuras, capaces de llegar a programar sistemáticamente la eliminación del hermano, a considerarlo un enemigo, un adversario, o incluso un individuo carente de la misma dignidad humana. Pero para los creyentes la pregunta sobre el mal realizado por el hombre introduce también en el misterio de la participación en la Pasión redentora: no pocos hijos e hijas de la nación armenia fueron capaces de pronunciar el nombre de Cristo hasta el derramamiento de la sangre o la muerte por inedia en el éxodo interminable al que fueron obligados.

Las páginas dolorosas de la historia de vuestro pueblo continúan, en cierto sentido, la pasión de Jesús, pero en cada una de ellas está presente la semilla de su Resurrección. Que no disminuya en vosotros pastores el compromiso de educar a los fieles laicos a saber leer la realidad con ojos nuevos, para llegar a decir todos los días: mi pueblo no es solamente el de los que sufren por Cristo, sino, sobre todo, el de los resucitados en Él. Por eso es importante recordar el pasado, para sacar de él la savia nueva para alimentar el presente con el anuncio gozoso del Evangelio y con el testimonio de la caridad. Os animo a sostener el camino de formación permanente de los sacerdotes y de las personas consagradas. Ellos son vuestros primeros colaboradores: la comunión entre ellos y vosotros se reforzará por la fraternidad ejemplar que ellos podrán percibir en el Sínodo y con el Patriarca.

Nuestro recuerdo agradecido se dirige en este momento a quienes se preocupan por llevar algún alivio al drama de vuestros antepasados. Pienso especialmente en el Papa Benedicto XV, quien intervino ante el sultán Mehmet V para hacer cesar la masacre de los armenios. Este Pontífice fue un gran amigo del Oriente cristiano: él instituyó la Congregación para las Iglesias orientales y el Pontificio Instituto Oriental, y en 1920 inscribió a san Efrén el sirio entre los doctores de la Iglesia universal. Me complace que este encuentro nuestro tenga lugar en vísperas del análogo gesto que el domingo tendré la alegría de realizar con la gran figura de san Gregorio de Narek.

A su intercesión confío especialmente el diálogo ecuménico entre la Iglesia armenio-católica y la Iglesia armenio-apostólica, quienes recuerdan el hecho de que hace cien años como hoy, el martirio y la persecución ya realizaron «el ecumenismo de la sangre». Sobre vosotros y sobre vuestros fieles invoco ahora la bendición del Señor, mientras os pido que no os olvidéis de rezar por mí. ¡Gracias!